

Croqueta se va a Hibernar

Papá dice que la tortuga Croqueta se va a hibernar hasta marzo. Abril no sabe dónde está Hibernar, pero sabe una cosa: las tortugas no tienen almohada.

Desde 6 años 10 minutos en voz alta

Un cuento de Luna Lunera

Los mayores dicen las cosas importantes detrás del periódico. Por eso no se entiende nada. Yo tengo una teoría: el periódico tapa la mitad de las palabras, y las palabras que se quedan detrás del periódico se las come el periódico. Por eso es tan gordo los domingos.

Lo de Hibernar

El jueves, mi papá dijo detrás del periódico:

—Abril, Croqueta se va a hibernar hasta marzo.

Croqueta es mi tortuga. Es mía y un poco de mi hermano, pero mi hermano tiene tres meses y no cuenta, porque no sabe ni dónde tiene los pies. Croqueta vive en el balcón en una caja de naranjas con tierra, un plato de agua y una piedra lisa para pensar.

Yo sé cómo funcionan esas frases. Mi tía Maribel *se fue a Albacete hasta marzo*. Mi primo Andrés *se fue a Londres hasta el verano*. Pues Croqueta *se iba a Hibernar hasta marzo*. Hibernar es un sitio. Está clarísimo. Y está lejísimos, porque hasta marzo hay más noches que dedos tiene toda mi clase junta.

Entonces pensé una cosa que no había pensado nadie en todo el mundo.

Las tortugas llevan la casa a cuestas, vale. Pero ¿alguna vez habéis visto una tortuga con almohada?

Yo tampoco. Pues eso.



La Gorda

Mi almohada se llama La Gorda y es la mejor almohada del universo y de Albacete. Es blanca con lunares azules, huele a mí y tiene un agujerito en una esquina por donde sale una pluma. Si tiras de la pluma sale entera. Luego sale otra. Mi

mamá dice que no se tira de la pluma. Mi mamá no sabe lo bien que se duerme tirando de la pluma.

La Gorda tiene otra cosa: está llena de mis sueños. Y mis sueños son rápidos. Yo sueño que soy una bici, que nado más deprisa que un delfín, que gano la carrera de sacos del cole con el saco puesto en la cabeza. Mi papá dice que duermo como un ventilador.

Aquella noche, cuando todos estaban dormidos, salí al balcón con La Gorda debajo del brazo. La puse en la caja de naranjas, cogí a Croqueta con las dos manos, que pesa como un bocadillo de tortilla, y la tumbé encima.

—Para el viaje —le dije—. Me la devuelves en marzo.

Croqueta estiró el cuello, me miró con los ojos medio cerrados y se acomodó en el hoyo de La Gorda, justo donde va mi cabeza.

Y entonces La Gorda se levantó del suelo.



🌓 Por encima de la panadería

Yo no me iba a quedar sin almohada hasta marzo, así que me agarré a la esquina del agujerito y no me solté.

Volamos por encima de mi calle. Por encima del tejado del señor del quinto, que tiene una antena torcida que parece una percha. Por encima de la chimenea de la panadería, que a esa hora echa humo de magdalena, y yo abrí la boca y me comí un poco de humo, y sabía a magdalena de verdad.

Croqueta iba tumbada tan tranquila. Las tortugas no se marean. Lo sé porque no vomitó ni una vez.



Hibernar existe (os lo dije)

Hibernar está debajo de un edredón. Un edredón tan grande como el cielo, de cuadros cosidos, con agujeritos de polilla que hacen de estrellas. Debajo hay un valle de musgo y en el valle duerme todo el que duerme en invierno: osos tumbados como sofás, catorce lirones en un cajón de cómoda, erizos hechos bola, ranas metidas en barro hasta la nariz y siete murciélagos colgados del borde del edredón como calcetines en un tendedero.

En la puerta había un lirón de pie con un farol, un chaleco azul y una libretita.

—Me llamo Saturnino y soy el que apunta —dijo—. ¿Nombre?

—Croqueta —dije yo, porque Croqueta no habla.

Saturnino buscó en la libretita.

—¡Croqueta! Todos los años llegas la última. —Luego miró a La Gorda—. Uy. Eso no lo trae nadie.

—Es para el viaje —dije—. Las tortugas no tienen almohada.

—Ya —dijo Saturnino—. Por algo será.

Yo no entendí nada, porque los lirones también hablan como si tuvieran un periódico delante.



🌓 Los sueños rápidos

Croqueta se quedó dormida en un segundo y medio. Y por el agujerito de La Gorda empezó a salir una pluma. Y otra. Y otra. Salían volando solas, porque eran mis sueños rápidos y los sueños rápidos no saben estarse quietos.

Una pluma cayó en la barriga del oso más grande, que pesaba por lo menos trescientos kilos, y el oso, dormido y boca arriba, se puso a pedalear en el aire como una bici.

Otra cayó en los erizos, y los erizos echaron una carrera rodando por el musgo. ¡Tacatacatá!

Otras cayeron en las ranas, y las ranas se pusieron a nadar estilo mariposa en el barro. ¡Chof, chof, chof!

Y una cayó en los murciélagos, y los siete se pusieron a cantar, cabeza abajo y con los ojos cerrados, la canción del autobús del cole. La de las ruedas que giran y giran.

Y Croqueta, mi Croqueta, la tortuga más lenta del balcón, se puso a correr dormida encima de La Gorda. Corría sin moverse del sitio, con las cuatro patas a toda pastilla.



Saturnino se puso blanco, que en un lirón se nota poco, pero se nota en las orejas.

—¡Si siguen así, se van a despertar! —dijo—. ¡Y si se despiertan en noviembre, no hay ni una fresa, ni una mosca, ni una bellota! ¡Se pasarán el invierno con hambre y bostezando!

Eso era culpa mía. Bueno, de La Gorda. Bueno, mía, porque La Gorda la había traído yo.

Las acelgas a dos cuarenta

Primero les canté una nana. Los murciélagos la cantaron conmigo, pero más alto y más rápido.

Luego conté ovejas. Las ovejas salieron corriendo.

Entonces me senté en el musgo y pensé muy fuerte, que es como pienso yo, apretando la nariz. Si La Gorda estaba llena de sueños rápidos, había que llenarla de otra cosa. De algo lento. De lo más aburrido del mundo.

Y lo más aburrido del mundo yo lo sé, porque lo oigo todos los días en la puerta del cole. Es lo que hablan los mayores.

Así que acerqué la boca al agujerito de La Gorda y le hablé muy bajito, con voz de mayor:

—Las acelgas están a dos cuarenta.

Las plumas que iban saliendo se pararon en el aire.

—A ver si llueve, que falta hace.

El oso dejó de pedalear.

—¿Y qué tal tu madre? Pues ahí anda.

Los erizos se pararon. Las ranas se quedaron flotando.

—Esto con la peseta no pasaba.

Los murciélagos bostezaron los siete a la vez, uaaaaah, y se taparon con las alas como paraguas.

—Hay que ver cómo pasa el tiempo. Pues sí. Pues ya ves.

Y Croqueta dio dos pasitos más, lentísimos, y se quedó quieta, con la cabeza metida un poco para dentro y una cara de estar soñando con acelgas que daba gusto verla.



Esta noche

Saturnino apuntó en la libretita: *Almohada, una. Prestada por Abril. Devolver en marzo*. Yo no le pedí que me la devolviera ya, porque Croqueta estaba tan a gusto que no se podía.

La última pluma rápida, la que no había querido oír lo de las acelgas, me trajo a casa. Los sueños rápidos sirven para eso: para volver rápido.

Por la mañana Croqueta no estaba en la caja de naranjas. Mi papá dijo detrás del periódico que se había enterrado

muy hondo, y yo dije que sí, que claro, que por ahí se va.

Ahora duermo con la cabeza encima de mi oso de peluche, que tiene la nariz de plástico y se clava un poco. Cuando no me duermo, hago lo que hay que hacer. Me lo digo bajito, con voz de mayor. Probad, que funciona:

Las acelgas están a dos cuarenta.

A ver si llueve.

Pues ahí anda.

Pues ya ves.

Pues sí...



Fin

Dulces sueños.



Más cuentos para leer en voz alta en

lunalunera.org

Este cuento en la web

© 2026 Luna Lunera. Contenidos bajo licencia CC BY-NC 4.0